



## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

6

Jueves 8 de diciembre del 2005

## ¿Sirvió de algo?

La pregunta nos conduce a un ejercicio de revaloración de nuestra relación bilateral con Estados Unidos, el poderoso vecino del norte. La toma de posesión de los dos mandatarios, George W. Bush y Vicente Fox, coincidió en el tiempo: finales del año 2000. Desde los círculos de poder mexicanos se echaron las campanas a vuelo; los dos presidentes eran muy afines y publicitaban su amistad. Ambos coincidían políticamente: los dos conservadores, eran amantes de la vida de rancho y las botas vaqueras. Lo único que parecía diferenciarlos era que a Bush no le gustaba el brócoli y en el rancho de los Fox era uno de los cultivos principales. Quien no recuerda la “Cumbre Marlboro”, en San Francisco del Rincón, Guanajuato, que materializó la primer visita de Estado de Bush y donde los dos vaqueros pasearon a caballo e intercambiaron botas y parabienes. Entonces se afirmó que era el inicio de una nueva era en las relaciones México-Estados Unidos.

El nombramiento de Jorge G. Castañeda como canciller se sumó al optimismo del “gobierno del cambio”. El canciller que propuso una nueva política exterior, bautizada como “realista”, buscaba posicionar a México en el mundo. En términos llanos significaba actuar de acuerdo a intereses y no, como en el pasado, a partir de los principios de la “Doctrina Estrada”. Los intereses estaban del lado de Estados Unidos. Socios, no enemigos, era la divisa en la relación con nuestros vecinos. El canciller que un día fue simpatizante del Partido Comunista mexicano, se había reconvertido en un verdadero defensor de los intereses norteamericanos. Se trataba, lo dijeron incluso muchos académicos, de una política realista. El tema migratorio

fue el eje en el que se basó la “Doctrina Castañeda”. La famosa “enchilada completa” (una metáfora desafortunada), se vendió como una posibilidad: la regularización de los trabajadores indocumentados y sus familias. Se dijo que había condiciones para avanzar en un acuerdo migratorio favorable a los intereses de los mexicanos. La cancillería se encontraba en plenos actos celebratorios cuando tuvieron lugar los trágicos atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

Entonces se dijo que a partir de que el tema de seguridad y terrorismo pasó a ocupar el centro de la agenda gubernamental de Estados Unidos, el tema migratorio y la enchilada mexicana se habían desplazado hasta los últimos lugares en las prioridades del gobierno de Bush. Esa fue una buena coartada. Lo que hicieron los acontecimientos del 11 de septiembre fue simplemente ubicar el optimismo mexicano en el lugar que siempre tuvo para los intereses estadounidenses: mucho más abajo que lo que el gobierno de Fox y su canciller supusieron. Mientras a Estados Unidos le siga conviniendo económica e ideológicamente mantener a una franja importante del trabajo productivo en una situación de precariedad por la vía de la ilegalidad, no variará su política migratoria. Así, los presidentes sean tan amigos o la vanidad de un canciller lo lleve a pensar que gracias a sus gestiones se resolverá el problema que implica la marginación laboral y legal de la población inmigrante. Qué paradoja: la política realista de Castañeda lo llevó a perder de vista la realidad tan clara y tan vasta como el enunciado: Estados Unidos no tiene amigos, sólo intereses.

Recientemente el presidente Bush volvió a abordar el tema migratorio a través de una propuesta:

de manera destacada se niega a la regularización de los inmigrantes indocumentados y de sus familias y propone un programa de trabajadores temporales. Además, incluye la repatriación hasta los lugares de origen y no hacia la frontera, porque, dijo, se trata de disuadirlos de su intento por volver a cruzar. Evidentemente el gobierno vecino sabe perfectamente que esas medidas no resuelven el problema y el drama migratorio; pero es un parche que les ayuda en su intento por controlar sus fronteras, o al menos, para así venderlo a la sociedad norteamericana.

La semana pasada la prensa de San Diego, California, difundió una nota que resume la visión discriminatoria tan extendida en las agencias gubernamentales del país vecino. Al presentarse en el cruce fronterizo entre ambos países, una señora acompañada de su hija de meses de nacida fue obligada a extraerse leche de su pecho para demostrar que la niña era suya y no la estaba queriendo internar de manera ilegal. La señora era ciudadana norteamericana pero de origen y de apariencia mexicana. Estos son hechos que día a día tienen lugar en la franja fronteriza pese a los discursos triunfalistas de nuestra clase política.

Al final uno vuelve sobre la pregunta inicial. Tras cinco años de favorecer en los foros internacionales los intereses del vecino del norte y de hacer todo lo posible por congraciarse con su gobierno, ¿Qué tanto cambió el trato y la visión del gobierno norteamericano respecto a su vecino del sur? ¿Valió la pena que el presidente Fox le diera la espalda a países latinoamericanos como Cuba, Venezuela o Argentina? ¿Estamos mejor que al principio? ¿Qué tiene que cambiar el nuevo gobierno mexicano en su política internacional y de manera particular respecto a Estados Unidos? Son preguntas para responder en el futuro mediato.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx  
El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.